

## XXXII CONGRESO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA

Centro de Extensión

29.6.98

---

En nombre de la Universidad saludo a los participantes en este XXXII Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, y agradezco a sus organizadores que la hayan elegido como sede.

Esta elección es desde luego un gran honor, pero más que eso ella adquiere una significación especial porque justamente en este fin de milenio el Congreso se reúne bajo un lema que es iluminador para la obra universitaria en nuestro continente.

En efecto, "crisis, apocalipsis y utopías" son palabras que tienen resonancias especiales para los pueblos ibéricos de una y otra ribera del Atlántico. Estos han compartido un destino. Las Indias cambiaron el de la Península Ibérica, al mismo tiempo que esta cambiaba la vida de América. Son vidas paralelas, ambas marcadas por el signo de Apocalipsis, Crisis y Utopías que parece condensar la atormentada y todavía enigmática historia acaecida en este continente americano al que se encontró sin buscarlo - al que se inventó, al decir de O'Gorman - talvez para asignarle un lugar físico a las perplejidades, esperanzas, ambiciones y angustias del Viejo Mundo, pero en cuyo intento se vio surgir lenta y dolorosamente una entidad nueva que ha ido reclamando cada vez con mayor fuerza la condición de ser ella misma en su inmutable identidad, y no una proyección de las ideas, los deseos, las codicias y aun los remordimientos de los pueblos de ultramar.

Creo que en este lema se expresa algo distintivo del ser iberoamericano. No creo que exista otro conjunto de pueblos en la tierra en los cuales se pueda sentir como en los nuestros que "apocalipsis, crisis y utopías" forman la carne y la sangre de su historia. Desde Cristóbal Colón a Manuel de Lacunza y Ernesto Cardenal, pareciera que desde esas nociones se ilumina nuestra vida colectiva.

En el curso histórico de ella, las crisis han aflorado con la violencia y la frecuencia con que han brotado en estas tierras los volcanes. Crisis es disenso, disputa, pero también, separación, distinción. Cada crisis histórica es un juicio sobre el pasado y ese juicio sólo puede pronunciarse desde la vida que se anhela. Tierras son las nuestras de amores duraderos y cálidas ternuras, de devoción ardiente y dulce caridad. Pero también tierras de abandono y de desprecio, de calladas opresiones, de abominables injusticias, de crueles venganzas y silencios culpables, de despechos. La crítica y la crisis se engendran en el abismo de esas contradicciones, pero también en la creencia - sin la cual ellas serían simplemente destructivas - de que hay un horizonte de dignidad humana que conquistar, desde el cual ellas adquieren un sentido.

Por curiosidad abrí un par de diccionarios buscando definiciones autorizadas de la voz "Utopía".

En el Diccionario inglés de Webster se lee: "UTOPIA 1.- Isla imaginaria que describe Sir Thomas More en Utopia (1516), y que goza de la suma perfección en legislación, política, etc. 2.- Un lugar o estado de perfección ideal; 3.- cualquier sistema visionario de perfección social o política"

1.- Imaginary island described in Sir Thomas More's Utopia (1516) as enjoying the utmost perfection in law, politics, etc. 2.- (*usually l.c.*), a place or state of ideal perfection. 3.- (*usually l.c.*) any visionary system of political or social perfection

Es casi una incitación a correr tras la utopía.

Mientras que el Diccionario de la Real Academia Española dice, con implacable concisión:

"UTOPIA: Lugar que no existe; plan, proyecto, doctrina o sistema halagüeño, pero irrealizable."

Y me acordé de ese pensador español que proponía que el miedo a caer en el delirio de Don Quijote había hecho a los hispanos desconfiados de las grandes empresas, mientras que el temor a verse enredados en las dudas de Hamlet había inducido a los ingleses a ser emprendedores hasta la audacia.

¿Utopía, lugar que no existe, proyecto irrealizable?

Tal vez no existe el lugar, tal vez el proyecto no se puede realizar ¿Pero quien se atrevería a asegurar que eso hace inútil el camino? Tal como las inalcanzables estrellas marcaban el rumbo de los navíos, la dignidad de la persona humana nos sigue orientando hacia la ruta que presintieron Montecinos y Las Casas, Acosta y Vitoria.

Por fin, Apocalipsis. Nuestros años ya muy próximos al dos mil, están poblados de visiones apocalípticas. El desastre nuclear, la catástrofe ecológica, son modos habituales de proyectar el futuro de la humanidad en un tiempo sin historia. Y hasta los dibujos animados para niños están poblados por seres extranjeros y monstruosos, que hablan de un universo cuya indiferencia por el hombre llega a ser hostilidad.

Pero catástrofe no es apocalipsis. Como todos sabemos, la misma palabra "apocalipsis" significa una cosa muy distinta, significa "revelación". Y en el memorable documento religioso y literario que bajo aquel nombre se le atribuye al Apóstol Juan, la "revelación" se condensa cuando dice : "vi un cielo nuevo y una tierra nueva". La revelación no alude tanto a sucesos por venir, cuanto a una dinámica que está en acción desde ahora, y que en el caso del gran Apocalipsis no es otra cosa que la irrupción de Dios en la historia.

Esa irrupción venía, pero por caminos muy distintos de los que pudieron imaginarse los hombres de la Edad Media tardía. La interpretación de su momento histórico que parece haber abrigado el Almirante, de que se estaba gestando el inminente fin de los tiempos, fue compartida por otros, como aquellos misioneros franciscanos que creían estar llegando hasta pueblos sencillos y virtuosos, que se hallaban a la espera de participar en la conversión final de las gentes. Pero, en lugar del Paraíso, vino el choque brutal, el despoblamiento por la guerra, la opresión, el hambre y la peste: América, ya no fue comparable a la tierra nueva prometida para el descubridor, sino al campo de las últimas y crueles batallas y venganzas. La dinámica de la primera historia americana se desarrolló bajo el signo del desencuentro. Y su fruto inesperado, la trascendental novedad que trajo, fue el hombre mestizo en el cual y por el cual se vio humillado el orgullo del europeo y se vieron abiertos a lo universal los ojos del indio americano. Y son esos hombres y mujeres los que en medio de sus íntimas contradicciones buscan hoy el sentido de su historia.

Desde hace mucho tiempo y hasta ahora, sigue flotando sobre el Continente la idea de que su historia tiene un sentido oculto cuya revelación ha de tener un significado decisivo para la humanidad. Bajo las revoluciones indígenas del siglo XVIII, bajo la gran revolución de la independencia, debajo de innumerables revoluciones nacionales y sociales, late la convicción de que hay un núcleo escondido que pugna por llegar a la luz. Infinidad de veces América ha buscado que se le revele su nombre, y tal vez otras tantas ha desesperado de sí misma y ha preferido adoptar lo que otros piensan sobre ella.

Hoy mismo parece que estuviéramos en una de esas épocas de perplejidad o de cansancio. Vivimos como desterrados en un poderoso mundo que cree cada vez menos en que exista un sentido, y se siente conforme con que sea así. Entonces hace bien volverse al tesoro de nuestras letras, entregándose al ejercicio casi cabalístico de ordenar tantas palabras para que surja una sola que sea eficaz en nuestras almas. Y es posible que el sentido que buscamos sea el de no poderse estar sin buscar un sentido, y que la dinámica de nuestra historia sea así sostenida por la virtud teológica de la esperanza.

Creo que aquí emerge algo de la significación de este Congreso de literatura.

"El poeta" - dice Jorge Teillier con una frase de resonancias utópicas - "es el guardián del mito y de la imagen, hasta que lleguen tiempos mejores".

La Universidad se encontraría entonces con el poeta porque ella - cualquier universidad, como nos recuerda Juan Pablo II - aplica el estilo riguroso y crítico de su comunidad académica a la "tutela y al desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural". Al acoger a los que se congregan bajo un lema que tiene también su validez para toda nuestra historia, nuestra universidad se siente también invitada a participar en esta búsqueda ardiente y esperanzada del sentido de nuestro ser iberoamericano.